

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

LA INTERDEPENDENCIA PASADO / PRESENTE / FUTURO

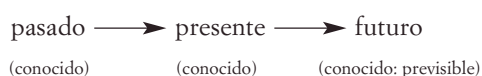
La prospectiva de los años sesenta planteaba que el pasado era archiconocido, que el presente era, lógicamente, conocido, que la base de nuestras sociedades era estable, y que, sobre estos fundamentos asegurados, el porvenir se forjaba en y por el desarrollo de las tendencias dominantes de la economía, de la técnica, de la ciencia. Así, el pensamiento tecnoburocrático creía que podía prever el porvenir. Creía incluso, en su optimismo idiota, que el siglo XXI iba a recolectar los frutos maduros del progreso de la humanidad.

Pero, de hecho, los prospectivistas han edificado un futuro imaginario a partir de un presente abstracto. Un pseudopresente cebado de hormonas les ha hecho las veces de futuro. Las herramientas groseras, mutiladas, mutilantes, que les sirven para percibir, concebir lo real,

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

los han vuelto ciegos no sólo a lo imprevisible, sino también a lo previsible. No me resisto al placer de citar al experto de los expertos, Robert Gibrat, presidente de las Sociedades estadísticas de Francia: «Los expertos se han equivocado regularmente desde hace veinte años».

Es que aquí todavía, y sobre todo, hace falta, para concebir el devenir histórico, sustituir la concepción simplista reinante por una concepción compleja. La concepción simplista cree que pasado y presente son conocidos, que los factores de evolución son conocidos, que la causalidad es lineal, y, por ello, que el futuro es previsible.



De hecho, hay siempre un juego retroactivo entre presente y pasado, donde no sólo el pasado contribuye al conocimiento del presente, lo que es evidente, sino también donde las experiencias del presente contribuyen al conocimiento del pasado, y por ello lo transforman.



El pasado es construido a partir del presente, que selecciona lo que, a sus ojos, es histórico, es decir, precisamente lo que, en el pasado, se ha desarrollado para pro-

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

ducir el presente. La retrospectiva hace así en realidad —y con toda seguridad— de prospectiva: el historiador que trata los años 1787-1788 prevé con perspicacia lo que, en los eventos de esos años, prepara la explosión ulterior (evidentemente del todo ignorada por los actores y testigos de este periodo prerevolucionario). Así, el pasado cobra sentido a partir de la mirada posterior que le da el sentido de la historia, de donde una racionalización incesante e inconsciente, que recubre los azares bajo las necesidades, transforma lo imprevisto en probable, y aniquila lo posible no realizado bajo la inevitabilidad de lo advenido. Como, además, el presente se modifica y las experiencias se suceden, hay, en cada nuevo presente, una refocalización que modifica el pasado, como se ha visto bien en el caso de la Revolución francesa, no sólo reescrita sin cesar en el siglo XIX, sino reescrita más que nunca en el siglo XX a través de las experiencias del socialismo (Jaurès), del bolchevismo (Mathiez), del estalinismo (Soboul), del libertarismo (Guérin) y de la desestalinización (Furet / Richet).²

2. Sabemos perfectamente las fechas y el desarrollo de los acontecimientos de la Revolución francesa. Pero el sentido y el efecto de las acciones decisivas de dicha Revolución son todavía objeto de controversia. ¿El Terror ha salvado la República? Robespierre y Saint-Just, al golpear a los moderados y a los *enragés*, ¿han minado de hecho los cimientos mismos de la Revolución, preparando sin quererlo Termidor y Bonaparte? Los efectos y los contraefectos se enredan. Por otra parte, los fenómenos mal elucidados, como el jacobinismo,

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

Así pues, descubrimos una brecha en el pasado, a la que corresponde una brecha en el presente: *el conocimiento del presente necesita el conocimiento del pasado que necesita el conocimiento del presente.*

Por otra parte, y sobre todo, la ilusión más grande consiste en creer conocer el presente porque nos encontremos en él. Todo el esfuerzo de este libro, en este sentido, está ligado a la dificultad de determinar el rostro del presente.

Ahora bien, el futuro nace del presente. Es decir, que la primera dificultad a la hora de pensar el futuro es la dificultad de pensar el presente. La ceguera del presente nos vuelve *ipso facto* ciegos al futuro. Así, era patente, después de 1950, que situábamos nuestra economía bajo la dependencia del petróleo, el cual dependía de naciones cada vez menos dependientes de Occidente, que, a su vez, se volvía vitalmente dependiente de lo que antes se encontraba bajo su dependencia. Lo sorprendente es que, excepción aparte (Louis Armand), esto ha pasado desapercibido y ha sido excluido de las previsiones de la época. La perspectiva del presente es, por tanto, necesaria en toda prospectiva.

son reinterrogados (Cochin, Furet) y nos plantean nuevos interrogantes... Hay fragilidad en el saber histórico más consolidado. Éste, como todo saber científico, a pesar de sus correcciones y verificaciones, es puesto en cuestión constantemente bajo el efecto de nuevos documentos o, mejor aún, de la nueva mirada sobre los documentos antiguos.

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

Pero no bastaría con pensar correctamente el presente para ser capaz de prever el futuro. Ciertamente, el estado del mundo presente contiene en potencia los estados del mundo futuro. Pero contiene gérmenes microscópicos que se desarrollarán y que todavía son invisibles a nuestros ojos. Por otra parte, aunque dependen de condiciones preexistentes, y por tanto existiendo ya en el presente, las innovaciones, invenciones, creaciones por venir no pueden ser aún concebidas antes de su aparición (son sólo las consecuencias de las creaciones / invenciones actuales las que pueden ser eventualmente imaginadas). Esta parte decisiva del futuro, por tanto, no ha tomado todavía forma en el mantillo del presente. El futuro, antes de que llegue, está aquí (como nos lo muestra el ejemplo de nuestra dependencia energética) al mismo tiempo que no lo está. El futuro será un cóctel desconocido entre lo previsible y lo imprevisible. A todo esto hay que añadir que el futuro es necesario para el conocimiento del presente. Es él quien va a realizar la selección en el bullicio de acciones, interacciones y retroacciones que constituyen el presente. Es él quien nos desvelará los verdaderos operadores del futuro. A la luz del futuro, que se convierte en presente y hace del presente un pasado, los actores principales del presente entran en la sombra, se convierten en comparsas, en actores secundarios, mientras salen de la sombra, del bastidor, de debajo de la mesa, de detrás de las cortinas, los verdaderos jugadores en el juego del tiempo.

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

Así pues, el conocimiento del presente es necesario para el conocimiento del futuro, el cual es necesario, a su vez, para el conocimiento del presente.

Se trata de decir, por tanto, que el conocimiento del pasado y del presente son incompletos, como lo es el conocimiento del futuro, y que estos conocimientos son interdependientes: el conocimiento del pasado está subordinado al presente, cuyo conocimiento está subordinado al futuro.

Nos hace falta, por tanto, abandonar el esquema simplificador aparentemente evidente:

pasado → presente → futuro

Por la concepción compleja:

pasado ↔ presente ↔ futuro

Dicha concepción, mediante las incertidumbres que aporta en lo que está aparentemente asegurado, el pasado y el presente, parece deber anular toda tentativa de prever el futuro. De hecho, desvela la nulidad de las prospectivas y futurologías que pretendían fundarse en la base del presente. Nos hace renunciar, ciertamente, a toda visión asegurada del futuro, pero habría sido una locura creer que una prospectiva pueda sustituir, con la misma seguridad, a la predicción de los profetas o de los astrólogos. Apela a un gran y difícil esfuerzo, el de hacer

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

intercomunicar nuestro pasado, nuestro presente, nuestro futuro, de forma que se constituya un bucle generador de conocimiento más lúcido del presente y de proyecciones suficientemente inciertas sobre el futuro.

Para esto disponemos de un instrumento de unión que es el conocimiento de los principios de lo que hace pasar del pasado al presente y del presente al futuro, es decir, que permiten concebir la evolución histórica.

La evolución no obedece ni a leyes ni a un determinismo preponderante. La evolución no es ni mecánica ni lineal. No hay un factor dominante y permanente que la dirija. El futuro sería, efectivamente, muy cómodo de predecir si la evolución dependiera de un factor predominante y de una causalidad lineal. Nos hace falta, por el contrario, partir de la inepticia de toda predicción fundada en una concepción evolutiva también simplista. La realidad social es multidimensional; consta de factores demográficos, económicos, técnicos, políticos, ideológicos... Algunos pueden dominar en un momento, pero lo dominante es rotativo. La dialéctica no camina ni sobre los pies ni sobre la cabeza, sino que gira porque es, ante todo, un juego de interretroacciones, es decir, un bucle en movimiento perpetuo. Hay que decir también, con contundencia, que todo lo que es evolutivo obedece a un principio policausal. La causalidad es una policausalidad donde no sólo éstas se entremezclan y combaten entre ellas, sino también donde todo proceso autónomo produce su causalidad propia a la vez que padece las determi-

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

naciones exteriores, es decir, consta de una autoexocausalidad compleja. Al mismo tiempo, lo hemos visto en este libro y en otro lugar (*La Méthode*, I, págs. 257-271, y II, págs. 81-83), las acciones derivan, desvían, invierten su sentido, provocan reacciones y contracciones que las sumergen. De aquí los efectos boomerang, donde el tiro viene a golpear no al enemigo sino al autor, y los efectos «perversos», de los que comenzamos a percibir el hormigueo.

Finalmente, las invenciones, las innovaciones, las creaciones, las técnicas culturales e ideológicas, aparecen, modifican la evolución, incluso la revolucionan y hacen evolucionar desde ese momento los principios de la evolución.

Las innovaciones / creaciones constituyen desviaciones, que pueden amplificarse y se fortalecen en tendencias, que o bien pueden introducirse en la tendencia dominante y modificar la orientación, o bien pueden sustituirla. Así, una evolución, sea biológica, sociológica o política, no es nunca frontal ni regular. La historia no avanza en torrente como un río. Brota de forma marginal, se desarrolla de forma desviada según el esquema:

innovación → desviación → tendencia → nueva norma
u ortodoxia

El paso a la desviación es, al mismo tiempo, una bifurcación de donde puede nacer un cisma, y donde se desarrollan nuevas formas (cismomorfogénesis). Las opo-

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

siciones pueden conducir a conflictos. Las nuevas tendencias se desarrollan arruinando las antiguas estructuras, culturas, instituciones. El capitalismo, por ejemplo, no ha nacido frontalmente del desarrollo de las fuerzas productivas del mundo feudal. Como ha mostrado Baechler, ha aparecido, en primer lugar, como parásito en la sociedad feudal donde se ha autoecodesarrollado, corrompiendo y descomponiendo dicha sociedad.

Así, el juego del devenir es de una prodigiosa complejidad. La historia innova, se desvía, titubea. Cambia de raíl, gira: la contracorriente suscitada por una corriente se mezcla con la corriente, y lo desviado se convierte en lo corriente. La evolución es deriva, desviación, creación, y es también rupturas, perturbaciones, crisis. El desarrollo de la industria se ha hecho no sobre el suelo de la civilización precedente, sino transformando de arriba abajo la sociedad tradicional, deportando en masa a los campesinos a los suburbios, rompiendo los lazos y las solidaridades bajo la relación monetaria, arruinando las culturas milenarias...

Hay, además, ocurrencias históricas, críticas, inciertas, donde la historia vacila, bien sea bajo el empuje de fuerzas contrarias que se anulan entre sí temporalmente, o en los momentos de encrucijada donde se operan las elecciones, se abren las sucesiones, o en las bifurcaciones que se presentan. Entonces hace falta una inflexión inicial muy débil, un desplazamiento mínimo, un azar, una o algunas decisiones para que todo el curso sea des-

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

viado. Hoy en día, además, la historia lleva en sus flancos una carga explosiva mortal y podría explotar en pleno vuelo.

Así, en el juego de torbellino de innovaciones / desvíos / tendencias / contratendencias / cismogénesis / morfogénesis / conflictos / crisis / transformaciones, que es el juego del devenir, se producen sin cesar desvíos y cambios de los procesos, permutación de los fines convirtiéndose en medios, transformación de los productos principales en subproductos y *viceversa*. Así, la polución, subproducto de la industrialización, puede convertirse en su producto principal. Las ventajas vitales de la reducción de la mortalidad infantil pueden comportar los peligros mortales del crecimiento demográfico excesivo... Y todo esto, de nuevo, puede invertirse, dependiendo de si corregimos o bonificamos la técnica, si multiplicamos la producción de sustancias y mejoramos su reparto. Así, ningún factor puede considerarse permanentemente estable, constante, aislable, en el examen concreto del devenir, y por lo tanto nada puede ser predicho de forma segura, todo debe ser presagiado condicionalmente.

Por todas las razones indicadas más arriba, la evolución no sigue mucho el proceso que parece probable en un determinado presente. Éste no conoce la innovación que aún no ha llegado, no ve los gérmenes aún microscópicos que van a conocer un desarrollo acelerado, no sabría prever los efectos de las innumbrables interretro-

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

acciones que constituyen la verdadera causalidad compleja, no percibe todavía las inversiones de sentido y las permutaciones de finalidades que marcarán los procesos futuros. Por consiguiente, el porvenir pertenece más a lo improbable que a lo probable, sobre todo si la evolución continúa de la forma acelerada y múltiple que conoce nuestro siglo. De hecho, el pasado no cesa de indicarnos que la evolución es evolución sólo cuando no ha sufrido el proceso probable. Los futurólogos de la era secundaria, venidos de otra galaxia para explorar la Tierra, no habrían predicho que los enormes saurios hiperacorazados, que reinaban en nuestro planeta, iban a desaparecer algunos minutos cósmicos después de su triunfo, para hacer sitio a pequeños mamíferos desarmados. No habrían podido suponer que en el universo vegetal de sobrios hábitos verdes estallarían de pronto flores multicolores. Asimismo, la aventura del *homo sapiens* habría sido imprevisible e inconcebible para el futurólogo volviendo a visitar el planeta hace cien mil años. ¿Y quién, hace menos de quince mil años, contemplando una diáspora humana de pequeños grupos de cazadores-recolectores seminómadas, sin Estado, sin ciudad, sin agricultura, habría podido prever el surgimiento del Estado, de la ciudad, del imperio?

Es decir, que un principio de incertidumbre irreducible afecta al futuro. Más aún, la amplitud del devenir hiere de incertidumbre el presente, del que no sabríamos determinar sin duda el (los) sentido(s), alcanza el

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

pasado, y afecta a toda la aventura humana (que, si desemboca en la destrucción atómica, se convierte en fracaso absoluto).

El reconocimiento de esta incertidumbre no debe únicamente hacernos renunciar a las previsiones simples y endebles que permitieron hacer fortuna a los institutos futurológicos de los años sesenta. Debe aportarnos incertidumbre en respuesta a nuestras certezas presentes. Debe hacernos afrontar la gran dificultad central: pensar nuestro presente, es decir, los movimientos de nuestro mundo presente.

El gran progreso aportado por los años setenta ha sido el reconocimiento de la incertidumbre allí donde todo parecía asegurado, reglado, regulado, luego predecible. Los economistas y sociólogos «burgueses» de los años sesenta creían que la sociedad «industrial», después «postindustrial», reposaba sobre roca, que estábamos prácticamente en el fin de la historia, en el momento de la realización casi última de la «sociedad buena», aquella que establece paz, seguridad, bienestar, comodidad, para todos sus ciudadanos, y que el devenir, en suma, no era más que la continuación del presente afectado por una tasa de crecimiento regular (¡nuestro simpático sociólogo del ocio no había siquiera imaginado una «tasa de crecimiento cultural»!). Por otro lado, el marxismo oficial aseguraba que la revolución fundamental estaba realizada allí donde reinaba el régimen estaliniano, identificado con el «socialismo real». Ahora

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

bien, empezamos a comprender hoy en día que no es sólo Occidente el que ha entrado en una crisis económica y cultural, sino que la base de una y otra sociedad deriva y se quiebra, y que el planeta está tanto en trances volcánicos como en «vía de desarrollo». Entrevemos que ninguna estrella guía el porvenir, que éste está abierto como nunca lo ha estado en siglos anteriores, ya que conlleva a partir de ahora, y a la vez, la posibilidad de una destrucción de la humanidad y la de un progreso decisivo de ésta, y, entre estas dos posibilidades extremas, todas las combinaciones, todas las mezclas, todas las yuxtaposiciones de progresiones y regresiones son posibles.

Tenemos, por tanto, que intentar considerar el bucle pasado / presente / futuro teniendo en cuenta el sentido de las complejidades propias a la evolución histórica. Prever se convierte desde entonces en explorar el sentido de los torbellinos del presente. No se trata ya de querer controlar el futuro sino de velar, de acechar en / con la incertidumbre. ¿Cómo trabajar con esta incertidumbre? Interrogando a este siglo que agoniza.

EL SIGLO DE LAS CRISIS. EL SIGLO EN CRISIS

Miremos nuestro siglo, pero con una mirada binocular. Suponiendo que un ojo de la mente vea el aspecto continuo, y el otro el aspecto discontinuo, tenemos tantas dificultades en unir estos dos aspectos como en com-